

UNA IMAGEN EVANGELICA PARA EL APOSTOLADO CIENTIFICO (Mc 14, 3-9)

José G. Funes, S.J.
Director Specola Vaticana
Ciudad del Vaticano

Escribo estas páginas desde mi perspectiva “limitada” como alguien que viene del mundo de las ciencias naturales, en especial de la Astronomía. Mi formación intelectual es la de un astrónomo que ha estudiado un “poco” de filosofía y teología.

Hasta hace unos 10 años, diría, el apostolado intelectual no parecía estar entre los apostolados más apetecidos por los jesuitas. La Congregación General 34 sólo pudo darnos un decreto sobre la dimensión intelectual de nuestro apostolado. Nos podemos preguntar a qué responde esta falta de interés.

En mi opinión, uno de los factores que ha contribuido al desprestigio del apostolado intelectual, es la falsa imagen, o al menos desdibujada, que se ha proyectado del mismo, lamentablemente muchas veces con fundamento en la realidad. Por muchos años, hemos pensado que un jesuita dedicado al apostolado intelectual es un señor que se pasa todo el día encerrado en su cuarto, entre sus libros (o computadoras), estudiando por ejemplo “la cinemática del gas ionizado en las regiones centrales de las galaxias con disco” (Nota: ése fue el tema de mi tesis doctoral). Evidentemente esto no entusiasma a nadie que no esté interesado en las galaxias con disco, un porcentaje muy pequeño de la humanidad en el que me encuentro. ¿Qué tendrá que ver esto con el Reino?

Sin embargo, sin haber hecho un estudio estadístico, parece haber una cierta renovación en el interés por el apostolado científico, que se manifiesta en el creciente número de jóvenes jesuitas interesados en física, matemática y astronomía.

A continuación me referiré al apostolado científico. El apostolado intelectual es más amplio y va más allá de los límites de mi “universo”. Se podría abordar el tema del apostolado científico desde distintas perspectivas. Podría hacerlo, por ejemplo, desde una perspectiva histórica. Desde ella, podemos ver cómo desde los comienzos de la Compañía, los jesuitas nos hemos caracterizado por nuestro aporte a la vida cultural (científica en este caso) de la Iglesia y de la humanidad. Sólo mencionaré algunos ejemplos “astronómicos” que me parecen significativos.

En el Observatorio del Colegio Romano (que hoy continúa en la Pontificia Universidad Gregoriana en Roma) se desarrollaron trabajos científicos en el campo de la matemática, la física y la astronomía. El padre Christoph Clavius (1538-1612), matemático, participó en la reforma del calendario promulgada en 1582 por el Papa Gregorio XIII. El padre Christoph Scheiner (1575-1650) confirmó las observaciones hechas por Galileo Galilei y estudió las manchas solares. Después de la supresión de la Compañía, en el mismo Colegio Romano, más precisamente sobre el techo de la Iglesia de San Ignacio, el padre Angelo Secchi (1818-1878) hizo la primera clasificación de las estrellas basada en el análisis de sus espectros.

Pero no sólo en Roma los jesuitas tuvieron un observatorio astronómico. En las reducciones jesuíticas del Paraguay, el padre Buenaventura Suárez (1700-1750) utilizó instrumentos astronómicos contruidos por él mismo con la ayuda de los guaraníes en la reducción jesuítica de los Santos Cosme y Damián. Aún el padre Eusebio Kino (1644-1711), explorador y misionero en el desierto de Sonora (Suroeste de EEUU y Noroeste de México), compuso un breve estudio sobre un cometa.

La perspectiva histórica sería interesante y merecería un estudio más detallado. Sin embargo, yo he preferido tratar el tema del apostolado intelectual (científico) desde una perspectiva espiritual. Sin dudas, esta tradición científica entre los jesuitas señala una actitud positiva y no de “desconfianza” hacia las ciencias que tiene sus raíces en nuestra espiritualidad; es buscar a Dios en todas las cosas como San Ignacio puntualiza en el n. 288 de las Constituciones de la Compañía cuando se habla de la formación espiritual de los novicios. Es interesante que este

número comience con una exhortación a la intención recta. Esta actitud debería preceder todo apostolado, también el científico.

Antes de ofrecer mis reflexiones sobre la espiritualidad del apostolado científico, quisiera señalar cuáles son los desafíos que nos llegan desde el mundo de la ciencia. De otro modo, correría el riesgo de hablar de una espiritualidad desencarnada.

Los desafíos

Siempre hablamos de lo que conocemos. Los desafíos que señalo están muy focalizados, condicionados por mi perspectiva astronómica.

Cuando León XIII fundó el Observatorio Vaticano en 1891, lo hizo para mostrar que la Iglesia y sus pastores no se oponen a la ciencia verdadera y sólida, sino que la promueve con dedicación. (Motu proprio “Ut Mysticum”). Eran tiempos difíciles para las relaciones entre los hombres de

*no hay nada mejor
para la religión o la teología
que la ciencia “sólida y verdadera”*

Iglesia y los hombres de ciencia. Creo que el mérito de León XIII fue el de apostar a la ciencia “verdadera y sólida”. Aunque las palabras de Jn 8, 32 no se refieren al contexto de las

relaciones entre ciencia y fe, creo que no está mal recordar que la verdad nos hará libres. También la verdadera ciencia. Dicho en pocas palabras y con el riesgo de ser mal interpretado, no hay nada mejor para la religión o la teología que la ciencia “sólida y verdadera”. Pensando en los desafíos que nos encontramos hoy, cien años más tarde, me gustaría enumerar sólo dos.

El diseño inteligente (“intelligent design”): En el mundo de lengua inglesa, en especial en los Estados Unidos, éste es un tema controversial y se relaciona con la enseñanza de las ciencias en las escuelas públicas. Los defensores del diseño inteligente sostienen que la evolución del universo y de los seres vivos requiere la existencia de una causa inteligente. Sostienen, además, que esta posición está dentro del ámbito de las ciencias

y, por tanto, debe ser enseñada en las escuelas como parte del contenido científico. Por otro lado, la American Astronomical Society, de la que soy miembro, ha hecho pública su posición, señalando que el diseño inteligente no es ciencia, y que, por tanto, no debe enseñarse en los cursos escolares de ciencia. Este debate es delicado y no lo puedo tratar en pocos párrafos, pero a mi modo de ver indica un desafío al mundo católico. ¿Cómo enseñamos ciencia en nuestros colegios y universidades? ¿Nuestra gente es capaz de poner en relación lo que aprenden en un curso de ciencia o de los medios de comunicación con los contenidos de la fe? ¿Son mundos separados? ¿Nuestra fe sigue siendo la fe del carbonero en un mundo que requiere una fe “wireless”? ¿Nuestros jóvenes saben integrar los conocimientos científicos en una racionalidad más amplia?

Ciencia y justicia: En los países subdesarrollados los problemas son distintos. Creo que una de las carencias más notables es la falta de interés por las ciencias. Es cierto que hay otras urgencias. Cuando enfrentamos problemas gravísimos de pobreza, no quedan ganas ni energías para pensar en el “diseño inteligente”. Nos preguntamos, en cambio, por el por qué de tanto sufrimiento, por qué sufren tantos inocentes. Si el benévolo lector me permite, quisiera contar una historia personal (Lo haré de todos modos aunque no me lo permita...). Pasaba un cierto período en Tegucigalpa, enseñando un curso de astronomía extragaláctica (estudio de las galaxias distintas de la nuestra). A último momento me pidieron que diera una charla a estudiantes de un colegio secundario. Al final, se acercó una alumna y me dijo: “gracias por haber venido a Honduras”. Promover la ciencia en países subdesarrollados es promover la justicia. Estos países no progresarán si no logramos que se vuelvan más científicos.

La ciencia es poder. En ese mismo viaje, un antropólogo me mostró las ruinas de Copán. Los mayas eran muy buenos astrónomos. Yo le pregunté por qué tenían interés por los fenómenos astronómicos. “¿Por la agricultura, las fiestas religiosas?” – agregué –. “Poder”, respondió. Los conocimientos astronómicos daban poder a la clase dirigente. ¿Aprenderán alguna vez los dirigentes políticos que vale la pena invertir en ciencia, en vez del asistencialismo social, en el mejor de los casos, que sólo genera más pueblos dependientes que pueblos libres?

Las encrucijadas

Éstas son algunas encrucijadas del momento histórico que nos toca vivir. No creo que sean las más urgentes pero modelarán las futuras generaciones. Decía Pablo VI a la CG 32:

“Siempre que en la Iglesia, aun en los campos más lejanos y difíciles, en las encrucijadas de las ideologías, en la línea de frontera de los conflictos sociales, en donde se han confrontado y se confrontan los deseos más profundos de la humanidad con el mensaje perenne del Evangelio, allí han estado y están los jesuitas”.

El apóstol científico está también en esas encrucijadas de la cultura actual.

Los que fuimos compañeros de ordenación quisimos escribir en el recordatorio lo que dice la CG 34 en el decreto 6 n.12 sobre el jesuita sacerdote, :

“...Su ministerio se dirige principalmente a quienes no han oído la Buena Nueva; a quienes se hallan en los confines de la Iglesia o de la sociedad; a aquéllos a quienes se niega su dignidad; a los sin voz y sin poder; a los débiles en la fe o alejados de la fe; a aquéllos cuyos valores flaquean a causa de la cultura contemporánea; a quienes acarrean un peso superior a sus fuerzas. Para el sacerdote jesuita el mundo es el lugar donde puede mostrarse más activo, en el nombre de Cristo salvador y reconciliador”.

Los jesuitas no estamos hechos para vivir y trabajar en una sacristía o en la “paz” de nuestros cuartos. Los que trabajamos en el apostolado científico queremos estar también en los confines de la Iglesia con el mundo de las ciencias. Uno de los encargos que Pablo VI había dado a la Compañía en la CG 31 fue la lucha contra el ateísmo. Creo que vivimos en tiempos en que ya ni siquiera ateos convencidos se encuentran. Sin embargo, en ciertos ambientes culturales sobrevuela la sensación de que para una persona inteligente, culta y amplia de criterios, la fe es “sólo” el producto de la

ignorancia, una etapa quizás necesaria en la evolución de la humanidad. En estos ambientes, pensar desde principios católicos, significa ser un integrista, un conservador. Debemos reconocer que el vigor que ciertos extremismos religiosos, alimentados por la ignorancia, han cobrado recientemente no hacen más que confirmar esta tesis. ¿Cómo servimos la fe en este momento cultural? ¿Cómo anunciar la fe en el dios des-conocido o mal-conocido en el Areópago de nuestra Atenas global (Hech 17, 23)?

Nuestro testimonio

En este contexto, una pregunta formulada con frecuencia a los jesuitas del Observatorio Vaticano, es la siguiente: ¿Cómo pueden ustedes conciliar ciencia y fe? Más que respuestas apologéticas “pasadas de moda”, la respuesta dada con el testimonio de nuestras vidas es lo que más sirve. Cuando digo “pasadas de moda” me refiero a un tipo de pensamiento teológico incapaz de responder a los interrogantes más profundos del hombre y la mujer de hoy, porque abordan problemáticas de “otro planeta” o porque usan un lenguaje incomprensible.

Una imagen evangélica

Hace un tiempo estuve visitando Padua donde hice el doctorado en Astronomía. Allí está la casa de formación de la provincia italiana donde estudian filosofía los estudiantes jesuitas. Uno de ellos me preguntó: “¿Y el Señor cómo entra en tu investigación?” De vez en cuando viene bien preguntarnos por qué hacemos lo que hacemos. Es la intención recta que San Ignacio le pedía a los novicios y a los que ya no lo somos.

Desde que fui destinado, en el primer año de teología, a prepararme para ser un astrónomo del Observatorio Vaticano me he preguntado: “¿No sería mejor dedicar mi vida al servicio de los pobres?”. A esta pregunta he encontrado varias respuestas, más o menos convincentes.

- Formo parte del Cuerpo de la Compañía. No es sólo mi vida dedicada a los pobres. Es el esfuerzo de toda la Compañía. Mis cualidades específicas de astrónomo me hacen un instrumento más útil en el ámbito del apostolado científico.

- La obediencia. No es un motivo secundario en nuestra vocación. Mi provincial y después el P. General me han dado esta misión. El superior en la Compañía conoce al sujeto y conoce las necesidades desde una perspectiva “universal”, y da la misión pensando qué es lo mejor para el mayor servicio divino y bien “universal”.

- Sin embargo es en la unción de Betania (Mc 14, 3-9) donde encuentro mayor consolación. Nuestra vida como religiosos es una vida “perdida” a los ojos del mundo, como el dinero “mal gastado” en perfume para el Señor. ¿De qué le sirve a uno ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo? (Lc 9, 25; evangelio de la Misa de San Ignacio). ¿No es tiempo “perdido” el tiempo de la oración? Aunque no soy maestro de oración, a veces digo que hasta que no hacemos experiencia de “perder” tiempo en la oración no aprendemos a rezar. Una vida más “perdida” que en el estudio de las galaxias es difícil de encontrar. El Señor dijo: “ha hecho lo que ha podido”. Hacemos lo que podemos.

Hay distintos modos de vivir espiritualmente el apostolado científico, como distintos son los modos de vivir la vocación de jesuita. Sin querer ser demasiado exhaustivo y con el riesgo de reducir a estereotipos, presento a dos “modelos” del modo de proceder jesuítico en el apostolado científico: Matteo Ricci y Pierre Teilhard de Chardin. El primero matemático-misionero, el segundo paleontólogo-místico.

Sin renunciar al hecho de que todos somos “místicos” en el sentido de que todos somos llamados a buscar a Dios en todas las cosas, yo me siento más identificado con Matteo Ricci. La astronomía es un excelente medio apostólico. Es uno de esos medios naturales que disponen el instrumento de Dios (es decir, el jesuita) para con los prójimos (Constituciones de la Compañía 814). La Astronomía abre horizontes, pone en perspectiva nuestra existencia humana en una historia de un universo de 14 mil millones de años. Los jesuitas tenemos apenas 467 años.

Apostolado científico y ascesis

El apostolado científico requiere una larga y oscura preparación, una “vida oculta” en Nazaret. Agregaría que la preparación de un jesuita, en general, requiere una larga y oscura preparación. Un artículo científico es

el fruto de muchas horas de trabajo. ¿No son estos algunos de los valores que deberíamos recordarle a la sociedad de hoy que juzga por los resultados inmediatos y sensacionalistas?

El científico motivado por una gran pasión por la ciencia desarrolla – sin tal vez hacerlo conscientemente - una vida ascética toda orientada a su investigación. Largas horas de trabajo y esfuerzo. Sin exagerar, un doctorando en Astronomía trabaja unas diez horas por día en períodos que pueden durar meses o años. Esto provoca que, en algunos casos, su vida familiar se vea deteriorada seriamente. Análogamente el jesuita que se dedica al apostolado científico puede correr el riesgo de alienarse de su comunidad y de otros problemas del mundo actual. No en vano el

P. Arrupe recomendaba a aquellos que se dedican al apostolado intelectual el contacto con los más pobres. Creo que los jesuitas nos hemos vuelto muy laxos en la interpretación de la promesa de los profesos de “enseñar los

niños y personas rudas” (Constituciones 528). ¿Somos capaces de enseñar, no sólo las cosas más elementales del catecismo, sino nuestros conocimientos científicos a niños y pobres? Es cierto que la labor intelectual solicita toda la persona (Constituciones 340, CG 31, decreto 29 sobre el apostolado intelectual y científico, n.2), pero esa solicitud no debería ser tal que nuestro amor por las más pobres y nuestro Señor viniera a menos.

Matteo Ricci y Pierre Teilhard de Chardin. El primero matemático-misionero, el segundo paleontólogo-místico

Apostolado científico, colaboración y paternidad espiritual

Generalmente nuestro apostolado intelectual-científico se desenvuelve en el contexto de la universidad y de la colaboración internacional con colegas. En nuestros días es imposible realizar cualquier proyecto científico en soledad. Los grandes y exitosos proyectos científicos se realizan en equipo. Por ejemplo, el último Premio Nobel de Física fue otorgado a John C. Mather y George F. Smoot por su descubrimiento de la forma de cuerpo negro y la anisotropía de las microondas de la radiación

cósmica de fondo, es decir, de la luz que proviene cuando el universo tenía apenas unos 300 mil años de edad. Ellos son las figuras principales de un equipo de cientos de personas. Este tipo de colaboración no se reduce a una sola universidad o país. Muchas veces un solo país o universidad no puede sostener los gastos de un gran proyecto. De nuevo encontramos aquí un desafío interesante. ¿Es posible que en este tipo de cooperación, puedan ser incluidos los países más pobres? Es una misión difícil pero no imposible.

El apostolado intelectual (todo tipo de investigación, diría) está estrechamente vinculado a la docencia universitaria aunque no deba existir una conexión estricta. Así lo entendió la CG 34, y es por eso que el decreto sobre la Compañía y la vida universitaria sigue al decreto sobre la dimensión intelectual del apostolado de la Compañía. Quien quiera crear una escuela de pensamiento debe tener discípulos, si no quiere que su trabajo muera con él. Todos queremos vivir y comunicar nuestras ideas. El apóstol intelectual ejerce, más o menos conscientemente, una paternidad espiritual con sus alumnos. Creo que aquí nuestro testimonio puede ser de gran valor en el ambiente universitario en el que nos movemos. Los que frecuentamos los ambientes académicos sabemos que las relaciones entre colegas y entre profesores y alumnos, no son siempre “evangélicas”. Nuestra vocación nos da una gran libertad de espíritu para evitar la competencia salvaje, y la suficiente tranquilidad para saber que si no publicamos, no moriremos. “Publish or perish” es la consigna repetida en el mundo académico. Ciertamente podemos correr el peligro de perecer sin haber publicado. Estas mismas libertad y tranquilidad nos dan respiro para hacer opciones en nuestra investigación que no busquen resultados inmediatos sino que apunten a estudios a largo plazo que puedan responder a problemas de fondo que el inmediatismo del medio ambiente no permite abordar. Uno podría aplicar los criterios de discernimiento espiritual que utilizamos en nuestra vida diaria y en la selección de ministerios.

Esta actitud de libertad interior nos vuelve referentes para aquellos colegas que buscan una palabra de consejo o simplemente una palabra de consuelo que los ayude a seguir actuando decentemente en un ambiente en el que los códigos éticos no son siempre respetados.

Es necesario que él crezca y yo disminuya (Jn 3, 30). Es muy gratificante comprobar el crecimiento intelectual de un alumno. Cuanto más independientes se vuelvan del profesor, mejor es. Veo en esto una analogía con lo que S. Ignacio escribe sobre “el que da los Ejercicios” (no sobre el

director): “debe narrar fielmente...con breve...o sumaria declaración; porque la persona que contempla...discurriendo y raciocinando por sí mismo... es iluminado por la virtud divina; es de más gusto y fruto espiritual, que si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado...” (EE 2). Aquí debo una palabra de gratitud a mis alumnos que me han estimulado en la investigación científica, una experiencia análoga al que da los Ejercicios cuando es consolado al ver la acción de Dios en el que los hace.

Ser puente

Como jesuita astrónomo formo parte de una larga y rica tradición de la Iglesia y la Compañía. Como jesuita, esta misión me empuja a buscar a Dios en todas las cosas, investigando con pasión y humildad la verdad del universo, sobre todo estudiando las galaxias con las que me divierto en observar. Busco también al Señor que se me hace presente y me interpela en todas las personas que encuentro y con las que colaboro; en especial, en los colegas, alumnos y aquéllos con quienes puedo compartir lo que he aprendido y sigo aprendiendo del universo.

*Como sacerdote trato de ser puente
entre Dios y los hombres,
entre la Iglesia y
la comunidad científica, en mi caso,
la comunidad astronómica*

La Compañía es una orden sacerdotal, y el sacerdote es mediador entre Dios y los hombres. Y es mediador siempre, aún cuando no celebre los sacramentos. Como sacerdote trato de ser puente entre Dios y los hombres, entre la Iglesia y la comunidad científica, en mi caso, la comunidad astronómica. Además trato de arrimar una perspectiva distinta a la comunidad eclesial, aquélla que viene de los nuevos hallazgos de la ciencia. Al mismo tiempo trato de testimoniar un “modo evangélico” de investigar en la comunidad científica donde muchas veces imperan las leyes de una competencia despiadada.

Finalmente, ser astrónomo y sacerdote significa ser ministro de reconciliación entre las ciencias y la Iglesia, buscando curar las heridas que se han producido a lo largo de la historia, en una y otra parte.